

## MIRADA urbana

# Isidora



**Hernán Barría Chateau**  
 Decano Facultad de Arquitectura,  
 Construcción y Diseño de la  
 Universidad del Bío-Bío

Del antiguo Palacio Cousiño-Goyenechea –conocido popularmente como el castillo de Isidora– ya no quedan más que fotografías y relatos dispersos de memoria. Demolido tras el terremoto de 1960, el edificio desapareció físicamente del paisaje de Lota, pero continúa habitando el imaginario cultural de la Región del Biobío.

La figura de Isidora Goyenechea resulta clave para comprender ese legado. Mucho más que heredera de una fortuna minera, fue una mujer capaz de entender la arquitectura y el paisaje como expresiones de modernidad. Sus viajes a Europa y Estados Unidos no respondían sólo al refinamiento de la élite decimonónica, sino también a una búsqueda por incorporar nuevas ideas técnicas y culturales al desarrollo de Lota. La contratación del arquitecto chileno Juan Eduardo Fehrmann –quien por esos años proyectaba el Teatro de Concepción y la casa Gleisner– y posteriormente del francés Abel Guérineau, revela su rol activo en el diseño de una residencia capaz de dialogar con las grandes arquitecturas europeas de fines del siglo XIX, acorde con la imagen de quien la prensa llegó a llamar la *femme plus riche du monde*.

El edificio destacó por su arquitectura ecléctica de inspiración francesa, combinando elementos neogóticos y

neorrenacentistas visibles en sus torres, mansardas, cubiertas inclinadas y abundante ornamentación. La composición monumental de la fachada, junto a galerías, balcones y grandes ventanales, buscaba integrar la residencia con el paisaje pintoresco del Parque de Lota, configurando uno de los proyectos arquitectónicos y paisajísticos más singulares del sur de Chile.

Sin embargo, el palacio también condensó las contradicciones del

desarrollo de Lota. En la novela *El Castillo de Isidora* (Ediciones UCSC, 2019), de Iván Valeria, el edificio es un personaje que atestigua tanto la opulencia de los Cousiño como las difíciles condiciones de vida de los trabajadores del carbón.

*Palacio Cousiño-Goyenechea. Arquitectos Eduardo Fehrmann y posteriormente Abel Guérineau. Construida entre 1885 y 1898, fue demolida en 1964. Dibujo y acuarela de Hernán Barría Chateau.*



Tensión presente ya en la misma época en *Sub Terra* (1904), de Baldomero Lillo, donde el esplendor del mundo carbonífero aparece sostenido por la precariedad obrera. Así, la arquitectura deja de ser un simple escenario para convertirse en testimonio material de una época y de sus profundas desigualdades.

Tanto la literatura como la academia han contribuido a plantear el patrimonio más allá de su dimensión material. Investigaciones recientes desarrolladas en el Magíster en Patrimonio Arquitectónico y Urbano de la Universidad del Bío-Bío –por autores como M.I. López, P. Fuentes y P. Heyden, entre otros– reinterpretan Lota desde el patrimonio industrial y los paisajes culturales, así como desde las memorias obreras y el devenir político de la historia del carbón.

Isidora Goyenechea impulsó uno de los proyectos arquitectónicos y paisajísticos más singulares del siglo XIX en el sur de Chile. Su decisiva contribución permitió dar forma a un paisaje cultural donde convivieron modernización, industria y memoria obrera, dejando una huella fundamental en la historia de Lota y del patrimonio chileno. Su figura permanece profundamente ligada a la historia del carbón y a las transformaciones sociales, urbanas y culturales que marcaron el Biobío.